

En cuanto a pasar por la puertecilla, era ahora más imposible que nunca. Alicia se sentó en el suelo y se puso a llorar de nuevo. [...] Continuó llorando como si nada, vertiendo ríos de lagrimones hasta que hubo formado un verdadero charco a su alrededor, como de unas cuatro pulgadas de profundidad y que llegaba hasta más allá de la mitad del vestíbulo. Al poco rato oyó un ruido, como de pisadas menudas en la distancia. [...] Era el Conejo Blanco que volvía, espléndidamente ataviado, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra. [...] Alicia se sentía tan desesperada en la situación en la que se encontraba que estaba dispuesta a pedirle ayuda a quien fuera.

(Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*)